

RESEÑA

ENTRE EL ASILO Y LA CLÍNICA: EL CRIMEN NO PAGA

GUERRA, RUBI (2025). *DIME QUE ME EXTRAÑAS*. CARACAS: ABEDICIONES.

RAMÓN ORDAZ

UNIVERSIDAD DE ORIENTE

ramonordaz.quijada@gmail.com

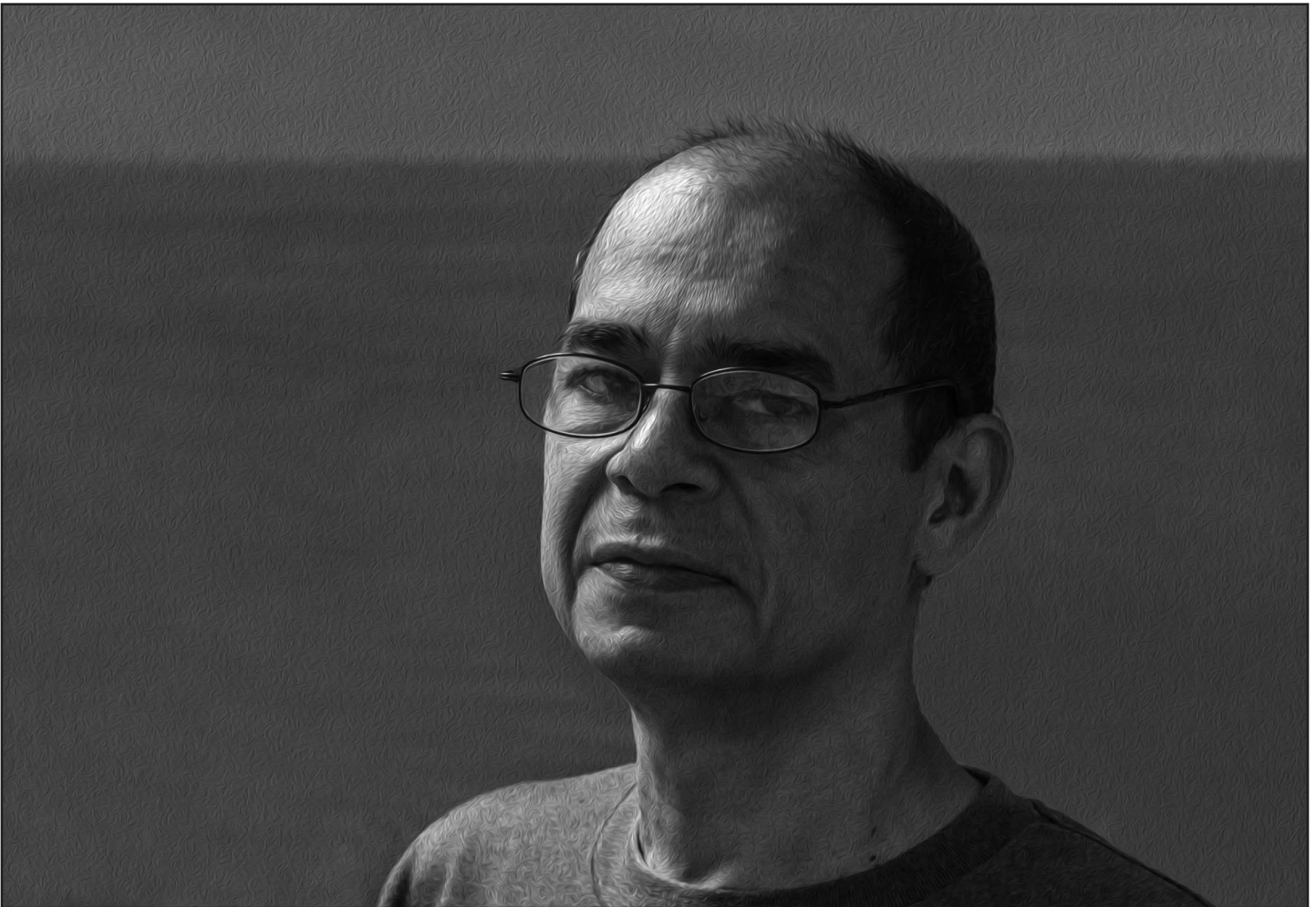


Foto: Alfredo Padrón

Rubi Guerra, a pulso de un trabajo sostenido, ha cimentado su obra en la literatura nacional; una constante búsqueda en el espacio de nuestra narrativa

que va más allá de sus experiencias con el lenguaje del cine, la crítica y el ensayo. Pero donde hay que buscarlo a la hora de definirlo es, esencialmente, en el cuento y la novela.

Cada escritor guarda para sí los textos fallidos, los engendros creados durante esas rachas de nula inspiración cuando las musas se han ausentado. Sí, las musas: esas cálidas amantes que



aparecen como petricor en el verano o como el perfume nocturno de las estrellas cuando la soledad está a punto de aullar. ¡Cuánto exceso y acceso vano a la creación! ¡Cuánto tiempo invertido en la inutilidad de extraer del barro alguna criatura que se nos parezca! La paradoja es que la obra funciona como un exorcismo, un constante vaivén de olas entre la semejanza y la diferencia. No se despacha jamás tanta fantasmagoría. En el poso de la taza de café o en la copa de vino quedan las reservas de lo que no puedes llevar a la boca. Eso que no podemos consumir sigue siendo la esencia de lo inalcanzable, el propósito que nos hará decir al día siguiente: “¡Hoy sí! ¡Hoy es el día!”. La vida nos enclaustra en su eterno juego, porque todo consiste en recomenzar y, al paso, dialogar con las piedras del camino. Mientras estemos vivos, el diálogo con el mundo es interminable; para un escritor, lo es aún más.

Del narrador Rubi Guerra, si bien pudiéramos advertir alguna debilidad en su despliegue narrativo, creo que su obra es pulcra y bien fundada. Lo poco en que podamos disentir

no es suficiente para empañar una obra que se sostiene por sí misma y que no necesita de predicados laudatorios para validarse. Vayamos, entonces, al propósito de estas líneas.

He leído y releído *Dime que me extrañas*, su más reciente publicación. Es un título que deviene en una capitular en el *summum* de su escritura, vista como fragmento y resumen de su trayectoria literaria. Un título sugestivo y seductor, con resonancias líricas y no exento del ingrediente universal del amor (aunque hay amores que matan). Esta es una obra de madurez, trabajada con el rigor de quien da fe de su oficio, donde el tiempo invertido expone con soltura y elegancia los frutos del trabajo.

La novela vuelve sobre temas recurrentes en su espacio narrativo, pero esta vez con un salto significativo en su estilo. *Dime que me extrañas*, sin dejar de recrear el entorno de una ciudad costera (Cumaná), es sobremanera una obra de introspección volcada al mundo interior y a la memoria. En obras anteriores, el narrar era más plano y el pronuntuario de los personajes más fugaz; esta vez, el *tempo* se ralentiza para mostrar las escoriaciones de una sociedad que ha perdido valores esenciales y poner de bulto su degradación.

Es una novela donde la realidad está trucada; se desplaza de un plano temporal a otro en un juego narrativo que retrocede o salta al futuro, obligando al lector a ordenar las piezas del rompecabezas. Nos enfrentamos a existencias en continuo deterioro en un entorno social que ha perdido la vitalidad que tuvo en el pasado. Los acontecimientos transcurren en lo que devino zona marginal de Cumaná, el barrio La Trinidad, cerca del tráforo de marinos y pescadores en Puerto Sucre, lugar que —según el texto— “no tenía todavía la fama de cueva de delincuentes que tiene ahora”.

El nudo de la historia gira alrededor del detective Octavio, quien mantiene relaciones adúlteras con mujeres de sus compañeros de mar. La joven Antonia será la manzana de la discordia al ser asesinada mientras era amante de Octavio y del “Chaure”, un ladrón encarcelado tras las investigaciones de Octavio y su compañero Gonzalo. En un plano futuro, Gonzalo ha envejecido y termina sus días en un asilo de ancianos, donde Octavio lo visita periódicamente. Al ver el estado de abandono de su amigo, Octavio opta por el mismo destino: ingresar al asilo. Ya antes, la voz narrativa había sugerido: “No puedo des-

cartar, piensa el que llega, que también un día me toque entrar aquí para no salir más...”.

Durante sus visitas, Octavio advierte la presencia de un periodista y escritor (Medina), el otro narrador de las historias en proceso. Este terminará siendo vecino del asilo debido a una cardiopatía severa que lo recluye en la clínica contigua, conectada al asilo por un pasillo y custodiada por una congregación de monjas. Las claves están en el monólogo de Octavio al comienzo de la novela: “Yo tengo aquí ocho años y vine por voluntad propia...”. Por otra parte, un narrador omnisciente va dejando indicios y sospechas con una intencionada interpolación de planos que hace difusa la linealidad. Lo relevante es el asesinato impune de Antonia; su asesino huyó a Colombia y el olvido borró las huellas del crimen, un detalle que Octavio sentencia al inicio: “...y olvidar es lo que mejor se hace aquí”.

El periodista es el pivote de las historias. En sus paseos al asilo, se encuentra con un inquilino singular que ha logrado casarse con otra residente. Han pasado décadas. Tras agrios encuentros con este extraño personaje, quien pretende que el periodista escriba su biografía, el lector infiere que estamos ante las sorpresas que trae el olvido. El “Chaure”, el asesino de Antonia, terminó atrapado en el remolino de la marginalidad y el destino lo esperaba en ese vertedero de vidas desahuciadas: el asilo. En un último encuentro, el personaje confiesa que lleva varios muertos encima: “-Yo tampoco lo sé con seguridad, uno olvida. Pero solo una cuenta para mí. La primera. Las demás me saben a mierda”. Esa muerte que privilegia su mala conciencia tiene el sello de la venganza contra una mujer.

La novela cierra con un brevísimo texto titulado “El viejo”, un fragmento de la vida de los amantes antes del crimen, cuando Antonia entrega su pasión a Octavio. Es un presentimiento que la muerte concede a los condenados; una despedida luctuosa después de hacer el amor: “Dime que me extrañas”, las últimas palabras de Antonia.

En ese recodo de la ciudad donde asilo y clínica comparten oscuros vasos comunicantes, Rubi Guerra —quien seguramente vivió su propia pasantía como paciente del corazón en la Clínica San Vicente de Paúl— extrajo esta intrigante historia. A mi parecer, es una obra que lo consagra definitivamente al ofrecer al lector estos brillantes flirteos con la novela negra.